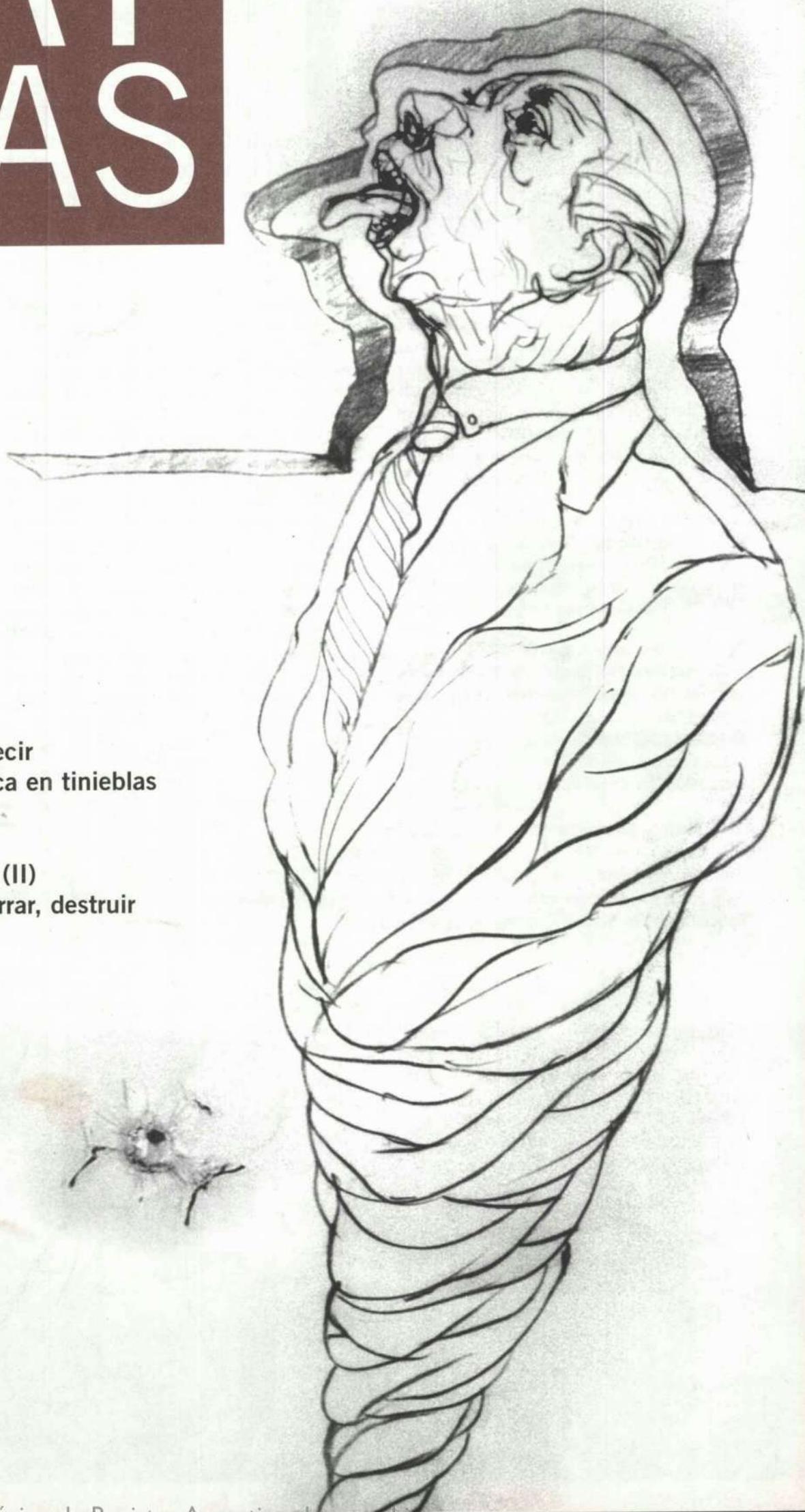


DIAT RIBAS

Luis Gusmán: **Cristo es Fisco**
Jorge Palant: **Diferencias**
Eduardo Grüner: **Una manera de decir**
Juan Ritvo: **Diálogos de la República en tinieblas**
Fernando Fagnani: **Una vida propia**
Mario Levin: **A solas con el miedo**
Jorge Jinkis: **Secuelas de la guerra (II)**
Marcelo Gargiulo: **Desgastar, desgarrar, destruir**



staff / sumario

#2

DIATRIBAS

Periódico bimensual, escrito por Fernando Fagnani, Marcelo Gargiulo, Eduardo Grüner, Luis Gusmán, Jorge Jinkis, Mario Levin, Jorge Palant y Juan Ritvo

Diseño: Lucas Jinkis

Impresión: Latin Gráfica

Distribución: Alvaro Coronel (4821-1363)

En tapa: "El hombre retorcido", de Carlos Alonso

En interior: Descomposiciones sobre composiciones, de Carlos Alonso.

En contratapa: "Kafka", de Hermenegildo Sábat

SUMARIO

Luis Gusmán: **Cristo es Fisco**

Jorge Palant: **Diferencias**

Eduardo Grüner: **Una manera de decir**

Juan Ritvo: **Diálogos de la República en tinieblas**

Fernando Fagnani: **Una vida propia**

Mario Levin: **A solas con el miedo**

Jorge Jinkis: **Secuelas de la guerra (II)**

Marcelo Gargiulo: **Desgastar, desgarrar, destruir**

Toda comunicación, comentario, colaboración crítica, puede ser dirigida a: revistadiatribas@hotmail.com



AGRADECIMIENTOS

Quizo el azar que las obras de Carlos Alonso y Hermenegildo Sábat se reunieran en una instancia sólo reconstruible por el lector. Coincidencia imprevista que sólo se debe a la generosidad de ambos artistas, y que nos deja admirados y agradecidos.

"El hombre retorcido", dibujo sobre tela de Alonso, fue víctima de un curioso atentado, involuntario como la picadura del rosal que asesinó a Rilke. La feroz metáfora fue atravesada por una bala perdida, perceptible en el costado derecho del cuadro, durante una muestra realizada este año en Bariloche.

Hermenegildo Sábat terminaba este magnífico "kafka" en 1993. Pero desde hoy el Kafka de Sábat, sin forzar lira ni diapasón, no nos saca la mirada de encima.

También nuestro reconocimiento a Gutiérrez Zaldívar, de Galerías Zurbarán, a Osvaldo Pavón, de la Dirección Gral. de Cultura de Bariloche, y a los fotógrafos Néstor Paz y Ceferino Huentaló.

DISTRIBUIDORA ALVARO CORONEL

Distribución internacional de libros y revistas desde 1994 presenta a

EDITORIAL LECTOUR

Edición, diseño, impresión, multimedia, internet, promoción

Asesoramiento integral: (011) 4821-1363 E-mail: lectour@lectour.com.ar WWW.lectour.com.ar

Cristo es Fisco

LUIS GUSMAN

La Pastoral trabajó hasta el punto de pedirle a su grey: "solidaridad en los esfuerzos" que se traduciría en "dos horas de trabajo diario para beneficiar a los jubilados y sostener la paridad uno a uno, aumentando las reservas y evitando la devaluación". Sin duda, el lema evangelizador del "uno a uno" se ha devaluado. Ni a Job ni a su Dios se les hubiese ocurrido incluir estas dos horas en los trabajos y los días.

La reunión que dirigentes de la Central de Trabajadores Argentinos, el Secretario General de la CTA, piqueteros y organizaciones de derechos humanos, el titular del CELS, la presidenta de abuelas de Plaza de Mayo y Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora llevaron a cabo con el presidente del Episcopado monseñor Karlic terminó con un episodio que el diario Clarín tituló como: "Un imprevisto momento de tensión". La noticia informa que cuando la reunión estaba por concluir, el Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, pidió la palabra y comenzó a criticar severamente la actuación de la Iglesia durante la última dictadura. Concretamente que los obispos fueron cómplices de la represión.

La información prosigue bajo el tópico de que, al ser rota cierta diplomacia implícita al encuentro, las palabras pronunciadas por Pérez Esquivel hubiesen quebrado un pacto tácito y como consecuencia "el clima cordial del encuentro mutó en pura tensión". Sin embargo, supongo que, asistido por la virtud, Monseñor escuchó pacientemente la agresión. Más tarde, una fuente del Episcopado hizo saber que, con su declaración, Pérez Esquivel propinó una brutal agresión contra la Iglesia. La misma fuente agregó "creíamos que, de ninguna manera, ése debería ser el tono de la reunión, realmente no entendíamos nada". La

noticia se encarga de destacar que fue la única nota destemplada en la sucesión de visitas que recibió la Iglesia.

Es posible admitir que Pérez Esquivel haya elegido la ocasión equivocada. El tema no era la actuación de la Iglesia durante la última dictadura. Pero ¿se equivocó? La expresión -brutal agresión- a la que acudió la Iglesia para responder acerca del tema sobre el cual se la cuestionaba es una figura que por su contigüidad con la represión más que desafortunada resulta verdadera.

Como en otras ocasiones similares en la historia argentina fueron los políticos, representantes empresariales y dirigentes sindicales, quienes durante la misma semana solicitaron y asistieron a reuniones donde se le pidió a la Iglesia que ayudara a crear espacios de diálogo. Es verosímil entonces que el comentario periodístico considerara lo dicho por Pérez Esquivel como una nota destemplada, es decir un exabrupto que rompía un intercambio de opiniones que los distintos sectores reclamaban de manera ferviente.

Se entiende entonces que en el clima cordial, parte de la neutralidad pluralista, la declaración "no entendíamos absolutamente nada" como respuesta a la interpelación in situ de Pérez Esquivel haya causado el efecto de una bofetada que no ofreció, como impone el kerigma cristiano "la otra mejilla".

Ignoro lo que define la Iglesia como una brutal agresión. En principio, entiendo que es una forma atenuada y elíptica del crudo liberalismo de no llamar a las cosas por su nombre y psicologizarlas. Los Padres de la Iglesia parecen haber reemplazado las grandes especulaciones teológicas y los grandes discursos retóricos por respuestas psicológicas banales que se apoyan en la más ramplona economía de mercado.

Es que el Episcopado, al tener que ocuparse más de las almas de los "actores sociales" que de las de sus feligreses, pierde de vista lo que pasa a su alrededor y parece quedar sumido en un caos y en una confusión anterior al Verbo. No, no es así.

Los obispos declaran en el documento que los argentinos todavía no han elaborado la crítica a una doble ideología que los enferma y que consiste en el endiosamiento del Estado o el envilecimiento del Estado: "Nos cuesta entender que ninguna de las dos respeta a la persona humana. Una la despersonaliza, y la otra la vuelve indefensa".

De la cita se deduce que la Iglesia -que no entiende lo que dijo Pérez Esquivel, y le cuesta entender cómo la doble ideología no respeta la persona humana- sin embargo está en condiciones de "diagnosticar" que a esta doble ideología se le agregan otras dos enfermedades





que padece el Estado: "la evasión de los impuestos y el despilfarro del dinero del Estado que son dineros sudados por el pueblo".

El uso indiferenciado y sinonímico de ciertos términos – nación, patria, pueblo – que teológicamente reconocen diferencias muy precisas, que aparecen a lo largo del documento y la apelación a la Divina Providencia son los argumentos a partir de los cuales se despacha la plusvalía que desborda en lo que se llama "el despilfarro del dinero del Estado", que retorna como metonimia clasista y como excedente bajo la figura de los sudores del pueblo.

Por lo tanto es el pueblo sudado el que está verdaderamente sano. Por supuesto no nos referimos al estado sanitario de la población sino al viático de la salvación del alma. Con lo cual se deduce del documento que los ricos por estar en condiciones de evadir, son los que están verdaderamente enfermos. De insensibilidad, podemos agregar, si atendemos a lo que Monseñor Bergoglio denunció durante la festividad de San Cayetano haciendo mención a "la insensibilidad de muchos ricos y al abismo que existe entre éstos y los pobres". Con lo cual la Iglesia se sigue ocupando "sensiblemente" de ese abismo.

La crisis histórica en que vivimos –formula el documento– se debe en gran medida a que los argentinos no hemos elaborado la crítica a esta doble ideología. Y a la manera de una maldición endémica en el plural, "los argentinos", retorna el tópico que históricamente se ha vuelto un estigma: la figura del gaucho indolente e irresponsable.

En el documento, "el hombre argentino" aparece antropológicamente descripto como un ser primitivo, no religioso, no científico, que merced a un pensamiento prelógico, "cuasi mágico", cree en una "especie de dios, un Estado que todo lo puede, al cual nada malo le podría pasar. Por lo tanto se le puede pedir y exigir cualquier cosa". Para la Iglesia, el Estado es animista. En principio, el endiosamiento proporciona una interpretación mágica y el envilecimiento– producto del más crudo liberalismo– trae aparejado el peligro del estatismo. Ya en las décadas del 20 y del 30, reza el documento, "abrimos las puertas al es-

tatismo encarnado en diferentes regímenes políticos de derecha y de izquierda y el poder del Estado se instaló como ideología en la conciencia colectiva".

La figura de la prosopopeya es la más adecuada y la que permite esta interpretación animista del Estado. Éste se independiza, actúa solo. Está enfermo. Y por lo tanto como dice textualmente en el documento, es por la amenaza del estatismo por lo cual se procedió a vender las empresas sin un diseño racional. Sin embargo, de una lectura más atenta a la argumentación del documento que a su retórica pastoral se puede deducir que "esa especie de Dios" es la idolatría del mercado y no del Estado.

Es en la operación ideológica que equipara los términos "nación", "pueblo", "todo social", y en el uso del plural "los argentinos" al que se apela continuamente como intérpretes de esta noción de Estado, donde hay que buscar el desplazamiento de una comprensión acerca de la realidad social del país a una complicidad encubierta.

Y es a partir de esta operación de pluralidad y de equivalencia –bajo la forma de una preterición– que los obispos dicen "no pretendemos hacer un diagnóstico completo de la crisis argentina". Sin embargo, el documento, con una retórica persuasiva, construye desde el exordio la Deuda externa como objeto de discurso. Por lo tanto, paso a paso comienza a advertir cómo incide "la pesada deuda externa", también llamada "deuda social" o "la gran deuda de los argentinos", en la crisis que nos toca vivir.

El uso cínico de la preterición es consecuente con la aclaración por parte de los obispos que "ha de ser claro a todos que en esta crisis no queremos ocupar un lugar que no nos corresponde". Para justificar esta neutralidad utilizan como antecedente el lugar que ocuparon en el pasado, haciendo referencia al documento "Iglesia y Comunidad Nacional", de 1981. "Buscábamos los caminos para salir de la larga noche en que estaba sumido el país". Es decir que al Proceso Militar se lo llama "la larga noche". Y el documento señala que desde entonces la crisis se ha profundizado. Es por eso que se escribe como crítica a una posición a ser su-



perada. El documento exhorta a los pastores de la Iglesia, recordándoles que si bien han multiplicado los mensajes dedicados a iluminar la situación del país deben examinar si lo hacen en forma suficiente y con la debida pedagogía. No obstante, de la larga noche al camino de la luz, pedagogía de por medio, a las palabras de Pérez Esquivel se las califica como una brutal agresión.

La pedagogía para iluminar al país después de larga noche hace que la Iglesia pida "a los trabajadores de todos los sectores" que actúen en el marco de las instituciones republicanas (a partir del principio del bien común) respetando que sean justos sus reclamos, incluido por supuesto el derecho de huelga, pero fuera del cual éstos (los trabajadores) se convierten en "injusta agresión contra el todo social" y "pueden dificultar grandemente la reconstrucción de la Argentina". En este pasaje, aun fuera de lugar, los trabajadores se convierten en ese fenómeno social complejo que irrumpe y se denomina piqueteros.

Es la generalización de los términos: la Divina Providencia y el plural "los argentinos" que, al funcionar como equivalentes, dan cuenta de lo que en el documento define la posición del obispado: "Ha de ser claro a todos que en esta crisis no queremos ocupar un lugar que no nos corresponde". Enunciado que queremos cotejar con el otro plural que da título al documento: "Queremos ser Nación", porque describe una posición que se podría definir como una responsabilidad denegada. Esto es, una desmentida con los mismos términos en que es enunciada la asunción de una responsabilidad.

Más allá de la invocación a Jesucristo como Señor de la Historia en el documentos – "A Jesucristo que fue invocado en los orígenes de nuestra Patria", ¿qué quiere decir la expresión "queremos ser Nación"? Una de las respuestas que está en el propio documento es: "Una Nación cuya única pasión sea la verdad y el compromiso por el bien común". Este compromiso por el bien común es el pago de la deuda externa. Esta es la primera condición entonces para ser Nación.





En principio es necesario situar el pasaje del concepto pueblo al de nación. El pueblo se diferencia de la nación en el punto de reconocerse como "pueblo unido" a "la hora del pago de la deuda externa". Sin embargo, su defecto consiste en que no es como "los otros pueblos" que "a diferencia del nuestro, cuando reconocieron que la crisis era fruto de su propio actuar no perdieron el tiempo en responsabilizar a los otros, pudieron enfrentarla con éxito en una obra de admirable reconstrucción".

La afirmación que construye en el documento episcopal se parece a la declaración del secretario del Tesoro de Estados Unidos, Paul O' Neill, quien dijo que la Argentina necesita menos fondos y más inteligencia. Y agregó: "A los argentinos nadie los forzó a ser como son".

El defecto de "los argentinos", lo que los condena en el plural, es la imposibilidad de reconocer su responsabilidad en la crisis. Como argentinos, deberíamos entender que nuestra conciencia como ciudadanos es una conciencia impositiva irresponsable. El documento formula: "No podemos ser peregrinos del cielo si vivimos como fugitivos de la ciudad terrena". En el contexto, "fugitivos" debería entenderse como aquellos que, teniendo la posibilidad de pagar los impuestos, sin embargo los evaden.

Como dice el documento, el inicio de este milenio nos encuentra en una situación que, si queremos ser Nación y "crecer en nuestra con-

ciencia como ciudadanos, debemos ser un pueblo unido que asuma el lugar que le toca en la crisis", y "asumir la responsabilidad" después de lo cual se "pondrán en marcha las reservas espirituales que posee y acabará por imponer respeto a las demás naciones del concierto internacional para lograr un trato justo". La expresión, "lograr un trato justo" reconoce al menos la instancia de una negociación y que se habla de un trato injusto.

En el documento se produce una inversión más que hereje a partir de la interpretación que el obispado hace del peregrinaje.

Patria y Ciudadano, para la tradición de la Iglesia Medieval —tomando la idea de Ernst Kantorowicz— significaban cosas muy diferentes. En la concepción medieval, el cristiano, siguiendo las enseñanzas de los primeros tiempos de la Iglesia y de los Santos Padres, se había convertido en un ciudadano de una ciudad que se hallaba en otro mundo. Su verdadera patria era el Reino de los Cielos. La vuelta final a aquella "madre patria" (*patriam Paradisi*) espiritual y eterna era de acuerdo con las epístolas apostólicas, el deseo natural del alma cristiana que peregrinaba en la Tierra.

La inversión se produce cuando en el documento se concluye que: "no podemos ser peregrinos del cielo si vivimos como fugitivos de la ciudad terrena". En el contexto, ¿fugitivos debería entenderse como aquellos que te-

niendo la posibilidad de pagar los impuestos, sin embargo los evaden?

Si queremos ser Nación tendríamos que aceptar que la deuda por vía de esa "especie de dios" en que se ha transformado el Estado ha devenido de pecado original en un problema con el fisco.

Después de dar a conocer el documento, y con el correr de las semanas, la Iglesia fue propagando distintas declaraciones producto de un trabajo en conjunto con la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresas. Si bien el Episcopado aclaró una vez más su intención de dejar los asuntos que no son de su competencia en manos de los políticos, también es cierto que en los medios católicos proliferaron consultas y borradores sobre temas políticos.

En la historia no es la primera alianza entre el Estado y la comunidad eclesiástica a partir de lo jurídico. El propio Kantorowicz analiza el desarrollo del lema *Christus-fiscus* que tanto gustaba en el Renacimiento: "Lo que no arrebatara Christus lo arrebatara el fisco". Cristo y fisco no estaban expuestos a la contingencia del tiempo. Cuando el fisco devino casi una cosa sagrada, devino un fin en sí mismo.

Hay que reconocer entonces que este documento no es algo inédito, como señala la Iglesia, respecto del sacrificio que se le pide a los cristianos de recurrir a las reservas espirituales para sostener las reservas del fisco.

Diferencias

JORGE PALANT

El primer número de *Diatribas* ofrece al menos dos lecturas. Una primera de la que con cierta naturalidad diríamos es la que se hace texto a texto, y en la que se encuentra, en términos generales, la mixtura de tonos y argumentos que advierten al lector que el título de la publicación es algo más que un brote de inspiración. En "Retrato de Rectus, intelectual" (un "cross a la mandíbula", como diría Roberto Arlt), Ritvo acomete contra intelectuales de maqueta que atraviesan encorsetados lo que queda del país, cáscaras o sombras genuflexas amparadas en la fragancia de un discurso siempre tibio al que ningún énfasis conseguirá desprender de la marca que lo somete hasta el ridículo.

¿Habría que leer la furia de una nostalgia estallada por el destino que le cupo a las grandes ideas que la cultura depositara en manos de quienes encontraron la manera de reducir las a una caricatura de sí mismas? Sobre el final, Ritvo afirma que "ni la derecha ni la izquierda quieren discutir el verdadero rostro del poder". Un llamado a la política hecho por un intelectual que no desconoce que esa izquierda y esa derecha deberían ser refundadas, condición necesaria para generar el espacio político en el que tal "discusión" reemplace la pobre dialéctica de esa falsa alternativa entre la sumisión o el abismo, propuesta democrática en la que la derecha no tiene motivos para discutir el verdadero rostro de nada, ya que convive con el poder; y la izquierda carece de aquél como para sentarse a la misma mesa.

Los textos de Jinkis y Grüner confluyen en más de un punto. Preocupados por el lugar y el destino de la política, ambos encuentran en ciertos discursos imperantes un atajo por el que, más allá de las buenas intenciones, se sortean las cuestiones fundamentales de ese campo. Así, las insistencias que el discurso del periodismo logra instalar en un universo en el que la corrupción o los Derechos Humanos funcionarían como cantos de sirena que condensan el quehacer político y desvirtúan el horizonte de su discurso. Como si el énfasis consiguiera un efecto de

huida, la remarcación de un campo que se consume a sí mismo y en el que, paradójicamente o no, la denuncia terminaría identificada con aquello que la instituye, formulando una práctica apolítica, judicializada y entregada de esa manera al mismo campo corrupto en el que se resuelve como denuncia.

La segunda lectura nos está dada por el efecto de precipitación que se obtiene de este ordenamiento secuencial de los artículos: "No hay intelectuales", dice Ritvo. "Hay periodistas", agregan Jinkis y Grüner. "Y leen la política equivocadamente", concluyen. Es entonces que el texto de Karl Krauss "Contra los periodistas", montado sobre un epígrafe de Kierkegaard, adquiere dimensión editorial. Pero como el azar pareciera haber condensado el núcleo de la crítica en el discurso de Horacio Verbitsky, aquellos argumentos toman un giro que llega al desconcierto.

Hay intelectuales y periodistas que piensan la política; la lucha contra la corrupción (y ya no se puede hablar de corrupción en términos de picaresca, en tanto ha sido un paso necesario en la devastación del país; tan programado como lo fuera la represión durante el plan Cóndor) y la política de Derechos Humanos han abierto una brecha de algo posible en la sociedad pesadillesca que desde la última dictadura nos toca vivir.

Porque una cosa es pensar que un sector del progresismo se nuclea en fórmulas poco eficaces en lo que hace a la marcha del Estado, y otra es denunciar la estereotipia como rasgo. La lucha por los Derechos Humanos es más que la migaja que cae en el campo político para satisfacción de algunos, como si se redujera al consuelo permitido y ofrecido por el Estado para que duerman mejor algunas conciencias. Ocupa, además del suyo y a su pesar, lugares que la clase política deja vacíos. Como si recayera sobre esos lugares en los que se lucha, el estigma de una política débil, donde brillan más los personalismos que las corrientes.

No se trata de señalar que se lucha mal o dónde no se debe, sino de extender ese espíritu a campos que parecen muertos.

Una manera de decir

EDUARDO GRÜNER

Los dirigentes y aspirantes a dirigentes de Estados Unidos nos hicieron saber que consideran que su función pública es manipuladora: restaurar la confianza y manejar la pena. La política, la política de una democracia, ha sido reemplazada por la psicoterapia. Laméntenos juntos. Pero no seamos estúpidos juntos, SUSAN SONTAG, 17/9/01

Mister Paul O'Neill, secretario del Tesoro de los EE.UU., pudo ser leído hace unos días explicando los problemas económicos argentinos por rasgos de personalidad: "A ellos les gusta ser así", un diagnóstico que recuerda sintomáticamente el argumento de todo buen macho argentino ante la violación: "En el fondo a ellas les gusta". Unos días antes, uno de esos machos argentinos, dirigente sindical él, explicaba el salvajismo *genocida* —y se podría justificar este término— de las nuevas medidas económicas pergeñadas por nuestro ministro de Economía con otro diagnóstico —la nosografía a disposición para estos casos es abundante— pero en la misma lógica: "Es un trastornado" (podía haber dicho "neurasténico"). No hace tampoco mucho, algún funcionario del FMI de cuyo nombre no quiero acordarme, también apeló a su módico manual de psicología de masas prejunguiana: "Los argentinos son vagos, y tienen como un complejo de inferioridad". No deja de ser un cambio —¿una evolución psíquica? ¿una mutación libidinal?— desde los tiempos en que éramos "soberbios" o "psicopatas".

También se ha dicho, aunque cueste creerlo, que los argentinos tienen problemas "emocionales": ¿acaso no demuestra el tango nuestra melancolía, sobre todo si lo comparamos con el samba brasileño, la cumbia colombiana o la salsa portorriqueña, todos países a los que les va tan bien? Ni hablemos de presidentes "aburridos" (¿no deberían decir "asténicos", o algo semejante?).

Pero al menos, hasta aquí, las etiquetas se colocan a *personas*, individuales o colectivas. La fetichización —en su pleno y estricto sentido marxiano— se vuelve paroxística cuando se habla, como se hace a menudo, de que los mercados están... "deprimidos". Entiéndase: la idea de la "depresión" económica es antigua; pero hubo épocas en que se la interpretaba como una *metáfora*. También es antigua la teoría económica liberal basada en la psiquis individual —y ya el propio Marx se burlaba de las "robinsonadas" de Smith y Ricardo, aunque siempre tomándolas en su valor retórico, o alegórico. Pero periodismo y *media* mediante— vivimos la era de la literalización: la competencia simbólica es un recurso escaso en un país cuyos últimos símbolos se han ido volando en Aerolíneas Ajenas.

Por otra parte es la forma lingüística que parecería corresponder al "globalismo" del mercado y la especulación financiera, donde el "humor" (incluido el corporal, hasta llegar a la mierda) de los operadores bursátiles se observa clínicamente, como un dato más decisivo que las relaciones sociales que el autor de un libro subtítulo "Crítica de la *economía política*" nos enseñó a analizar como la trama constituyente y profunda —la *otra escena*, si

se quiere decir así— de la superficie de los intercambios en el mercado. Incluso se podría ensayar una sucinta fórmula: cuando la *economía es predominantemente productiva se habla de política*; cuando es meramente *especulativa se habla de psicología*.

Se dirá que todo esto no es tan raro, en un país de cultura *psi* proliferante y ubicua, con la mayor proporción de analizados, y por consecuencia de analistas (¿o la consecuencia es al revés? Cualquier asistente de *marketing* sabe que la oferta produce demanda) del mundo entero. Que en sus tiempos supo "globalizar" el psicoanálisis de escuelas varias en penínsulas europeas que ni noticias tenían. Donde doña Tota de Liniars o Villa Pueyrredón puede muy suelta de cuerpo y mate en mano decir que su cuñada es una histérica, su marido un fóbico (no preguntemos por qué) y que su sobrino "hizo" un brote psicótico (la gente "hace" brotes así como hay psicólogos de ambos sexos que "hacen" niños, aunque nunca cuentan con quién: suelen ser muy discretos). Y, lo que es peor, doña Tota puede ser rápidamente *comprendida*. En fin, por qué no. Tampoco es cuestión de negarle a la gente que se divierte con nuevos sociolectos.

El problema es cuando la diversión —en manos de ciertos intereses que no son *siempre* y solamente los de la clase dominante— deviene lisa y llana *canallada*. El autor recuerda haberse levantado indignado, allá por 1984, de un congreso *psi* en el Teatro San Martín, donde sesudos profesionales discutían, cosas como "el goce del torturado" o "la identificación con el agresor". Se levantó, digo, puteando, pero diciéndose: esto es el fin; ahora sí que ganaron del todo.

Porque hay un malentendido básico: sociólogos, politólogos y otros así llamados (horriblemente) "cientistas sociales", desde hace 15 años muestran su preocupación por el triunfo del discurso económico sobre el político (mientras que ellos prefieren hablar de los "escenarios" y los "actores": no se entiende bien la ventaja de cambiar la economía por el lenguaje del espectáculo, lo cual más bien los acerca a los militares y a su ya clásico "teatro de las operaciones").

Pero no es así: lo que ha triunfado, repetimos, es el lenguaje de la *psicología*. Y de la peor calaña: no es que se ha cambiado a Marx —que no era un "economista"— por Freud —que no era un "psicólogo"—: se ha cambiado la reflexión y la acción sobre la economía como campo de batalla de la sociedad (la economía es *política concentrada*, para invertir la canónica fórmula leniniana) por la jerga repugnante de los que espían desde abajo del diván —porque ni siquiera se atreven a subirse a él—. Esos sociólogos y politólogos —asesores, muchos, de los políticos *progres*— han

abandonado la batalla, han rendido sus palabras al enemigo: aceptan que "economía" es *esta* economía. La única posible, como se sabe. Y sueñan con volver a sustituirla por la "política": es decir, por un Estado que redistribuya más equitativamente lo que *esta* economía, la economía, se niega a repartir (como si la lógica de esta *política* económica admitiera la posibilidad de una economía más "social"), seguramente porque sus amos son "mezquinos", "ávidos", no tienen un "proyecto de nación", y dale con los rasgos de personalidad, con las patologías de la *voluntad*.

El resultado es también previsiblemente repugnante: la *psicologización* de una economía que ya no es reconocida como parte de una política es la *despolitización* del lenguaje.

Es el quiebre de los lazos sociales —incluidos los del conflicto sobre los modos de producción de los bienes— articulados en el discurso de la *polis*, y su reemplazo por el solipsismo de la motivación subjetiva. Así se demuestra que uno de los objetivos del ilusorio "Déficit Cero" es la *Sociedad-Cero*: el "Yo" lo es todo; la sociedad nada. Y los canallas (bueno, algunos son imbéciles o parafrénicos: hemos llegado al punto de añorar la vieja psiquiatría) que apañan esos razonamientos y los transmiten por sus periódicos, sus frecuencias moduladas y sus programas de televisión, no pueden ser ajenos a ese efecto.

Ellos *saben* lo que hacen, no son inocentes ni "inconscientes"; son *cínicos*, no en el sentido de una antigua y bien interesante escuela filosófica, sino en el sentido moral y, sí, psicológico; y hace ya mucho que sacaron patente de *progres* riéndose con el respetable público de los *lapses* de los políticos. Pero ahora que estamos ya completamente determinados "en última instancia" por percepciones psicológicas (como el riesgo-país, que no mide mucho más que la "sensación térmica", pero ya se sabe: conociéndolo, uno tiene más frío), ¿no sería hora de congelarles la risa en su fofa carota?

En fin, por el momento, y hasta tanto los pobres, jubilados, recortados, piqueteros y desocupados sean debidamente atendidos en los servicios de día para pacientes ambulatorios, proponemos inventar un nuevo lenguaje para hablar de la economía, con neologismos como "clase", "lucha de clases", "Estado-nación", "ideología dominante", "explotación", "plusvalía", "modo de producción", "capitalismo", "imperialismo", "neocolonialismo", "proletariado", "pueblo", "resistencia", "movilización", etcétera (se puede imaginar más, pero esta revista pide artículos cortos).

Quién sabe, puede ser que las masas se diviertan más con esta jerga. En cuanto a los canallas, o la aprenden de una vez por todas o se van a OpenDoor bajo el diagnóstico de "afásicos".

Diálogos de la república en tinieblas

Grotesco urbano

JUAN BAUTISTA RITVO

(Entre nos: he vuelto a leer el texto y no le encuentro nada para cambiar; no porque me parezca satisfactorio, sino al revés: si tengo que revisarlo seguro escribiré otra cosa. Hay cosas confusas y anacrónicas, es cierto; pero el texto no aspira a una claridad ensayística; incluso quiero gozar de los beneficios de la multiplicidad de voces para deslizarse allí cosas que habitualmente (creo) no transmito. Me gustaría hacer algo más radical, pero supongo que eso no se puede planear: tiene que salir solo. Desde luego, me fascina el siglo XIX y traer desde allí hilachas de voces muertas)

*Arolas es tan grande como San Martín.
(De un residente nocturno del bar "El Sibarita", desaparecido)*

Vamos, vamos, aquí estoy con mis huesos de jibia, sentado sobre la piedra de Durero...

—Bueno, amigo, no va a empezar con la melancolía, ¿qué es lo que sigue?, se va a parar en la esquina de la avenida Alvear y Rodríguez Peña para admirar los restos edilicios de la oligarquía, lo va a hacer en una tarde de invierno, con lluvia, con algún poema de Keats evocado, fingiéndose oligarca sentimental, olvidándose incluso de lo que era el pobre Keats, que nada tiene que ver con los blandos, blanditos comentarios de Cortázar, el perfecto medio pelo para medio pelos locales; Ud. por Dios, que es medio pelo estructural...

—Déjese de estupideces, sólo quería hablar del Estado mínimo y expiatorio, enfrentado a una sociedad civil, inocente e irresponsable...

—Bueno, amigo, póngalo en verso, llámelo a Estanislao del Campo.

—¿En octosílabos?

—Y con pie quebrado...

—¡A callar! ¿Pueden hablar de otro modo? No se necesitan citas eruditas ni palabras raras: los taxistas que protestan y putean contra la corrupción de los políticos pasan billetes falsos durante la noche y reforman la economía con estilo geórgico-autoritario: *"No puede ser, no puede ser, que trabajen y yo los mando a trabajar en el campo y suprimo la plata y todos laburamos en el campo, como era antes, y al que no le guste, que se vaya o lo echamos..."*

Y podemos seguir: te acordás, te acordás, de aquellos buenos y viejos tiempos, antes del *default*, del *merval* (cantate un tango: "Adiós Merval, compañero de mi vida"...), antes todavía, antes del ataque de pánico, cuando se hablaba de *standby*, en que los viejos muchachos, los hijos de Fierro, denunciaban en los barrios a los sospechosos jóvenes, de pelo largo y de habla rara, como la de esos cosos de la Universidad, muchachos que querían salvar a esos mismos hijos de Fierro; muchachos que terminaron en la parrilla, muchachos que creían en lo que decía el Che por aquellos tiempos: "Suben cien a las sierras de Córdoba (¿dónde? ¿En Huerta Grande?) y luego bajan, hacen propaganda y luego vuelven doscientos y así..."

"Mire, yo le digo, se lo digo en serio, ¿vio toda la gente que pide en las esquinas?, cada vez hay más y más; le digo, en los tiempos de los militares yo comía y bien y comía mi familia...si había gente mala... yo no sé... se llevaban algunos... pero a mí nunca me tocaron y siempre me trataron muy bien; este país no da para que uno diga una cosa y otro otra, y así segui-

mos y después no se sabe qué hacer ni para dónde ir, ¿me entiende? ¿Cómo puede ser?, este país tiene todo, la milonga, la marcha de San Lorenzo, acá se inventó la birrome.”

—La picana, ¿no sabe qué es la picana? La inventó el hijo de Lugones... ¿Y si Argentina revienta...?

—Ud. está loco o es boludo; ¿ahora va a repartir las culpas, como si todos fuéramos iguales, milicos, empresarios, pobres, reventados, políticos? ¿Se pasó al liberalismo que ve pichones de Duce en cualquier sitio?

—¿Y Ud. es un progresista que cree en la bondad de la gente? Las masas aman el poder, aman el trono y el altar. ¿Leyó *Sur les sacrifices* de De Maistre?... aman al verdugo: lea ese cuento de Turgeniev, sí ése, justamente, ¿vio? El ruso no la iba de nada, pero un hombre es guillotinado (creían que la guillotina era más limpia, la asepsia revolucionaria, cómo ignoraban lo que sentían los hijos de puta), creo que en París, y la gente se agolpa, miran con ojos azorados, desde la madrugada esperando la ejecución; se acumulan, alguno cae del árbol y es aplastado, qué basura.

—Está comprobado, ahora se convirtió en un teólogo negro, Ud. ha abdicado de cualquier cosa que se llame Razón...

—Escríbala, escríbala con mayúsculas a las palabras sacrosantas, ahora, amigo, dice “Razón” y está como yo metido en la charca de la inmunidad y no quiere ver, no quiere ver, ¿quién quiere ver? ¿Y si la Argentina revienta? No, no, nadie quiere defender a los liberales, destruyeron al Estado; acá fuimos siempre cola, cola de todo, desde Mc Donald hasta el estructuralismo, y los uruguayos, pobres, igual, igualitos, ¿vieron en la plaza Constitución?, pusieron un Mc Donald, cerquita, cerquita del viejo hotel Pirámides, déjense de joder; acá vino Tower Records (claro, no

dicen *disco* y pronuncian a la inglesa), abrió un local en la calle Santa Fe, con los muchachitos con aritos y el pelo rojo, zanahoria, amarillo mamaracho, lleno de discos de todo tipo, libros en inglés, gente de aspecto reposado en la sección clásica, jóvenes *punk* en los otros lugares y... ya cerró: todo parecía New York y se vino abajo a pedazos, enseguida... no va, no va... los vidrios pelados, tapados con cartones, los dos pisos, bandera de remate, muchachos... ¿Y la 9 de Julio? Cada vez hay menos luces, y todo está gastado, se cayó un baño de ceniza, ¿cierto?

Guapos are heroes or hoodlums.

Y ahora escuchen, comilitones, algún fragmento del *Sermon sur l'ambition*, de Bossuet: “*Mais, ayant foulé aux pieds la grandeur dans son éclat, il veut être lui-même l'exemple de l'inconstance des choses humaines, et dans l'espace de trois jours, on a vu la haine publique attacher à une croix celui que la faveur publique avait jugé digne du trône.*”

He's an anachronism.

“De corrientes estilísticas que llamaremos periféricas, inspiradas por los prolongados reflejos del mundo exterior... una reunión caótica y aleatoria de elementos ajenos al arte... y la angustia que trepa por los huesos...”

¿Te acordás cuando los hombres que en la cuadra eran los pudientes y no compraban al fiado sino al puro contado, viajaban a Córdoba y lo anunciaban en los diarios, cuando la primera página de los diarios estaba ocupada con avisos clasificados, esos diarios que ensuciaban las manos, esos diarios sábanas?

Ora pro nobis, Duce.

Ora por los piqueteros, los oficiales y los extraoficiales,
Los piqueteros conciliadores y los peleadores,
Ora por los que van sólo una vez por semana al súper y
compran queso, mortadela y pan,
Ora por los que roban a los taxistas

Tres

pesos

Ora por los que todavía leen *Rayuela* y
creen que Adolfito, Bioy, tan elegante, él,
tan digna

su puta vida, es, creen, un buen escritor,

Ora, por, ora por los que descubrieron al tango cuando
ya se había muerto, ora por esos que descubrieron a Borges y Arolas
desde París,

Ora,

Ora por los troskistas papales, por los amantes de la Roma barroca,
Por los que huelen a dignidad y por aquellos que ya perdieron el rastro.
Ora por Viel Temperley, poeta que murió ignorado, en un hospital,
envuelto

en el aroma de lo que no es ni frío ni seco ni espeso ni negro ni agrio
ni

Envuelto en el enigma del Cristo Pantókrator.

Una vida propia

ENTREVISTA DE FERNANDO FAGNANI

Lo que sigue a continuación es el testimonio de un cadete del Supermercado Coto. Es fruto de una entrevista tomada la tarde del miércoles 31 de agosto en una confitería del barrio de Flores. No es desgrabación literal, fue editada. Esto quiere decir que elegí los momentos que consideré más significativos, tratando de no perder el contexto de enunciación en que fueron dichos. Cada una de las palabras que se leen en este artículo, salvo los títulos de los fragmentos (en negrita), son de ese joven de 22 años. Las inflexiones del discurso, llamativamente neutras, ajenas a cualquier turbación, son suyas. Las reiteraciones y la insistencia en la conformidad con el orden en cual vive, también. No es mi intención inferir que éste es su discurso, sin más. Es obvio que es su respuesta a una interpelación que le llamó bastante la atención. Algo (o quizás mucho) de su clara impostura puede adjudicarse a ello. Sin embargo, creo que esa impostura es genuina, tanto se la considere una elección o una fatalidad que se le impone. Y es en ese sentido que este texto tiene su validez de testimonio.

Primeros pasos

Vengo desde los catorce trabajando en rotiserías, panaderías, haciendo volanteo.

Hacía de todo un poco. Limpiaba, ayudaba en la cocina. Si había que repartir, repartía. Tomé experiencia. Pero después de dos años, necesitaba salir. Ahí pasé a un supermercado chico, también haciendo de todo un poco. Hasta que un día mi mamá me dijo: "¿Por qué no te anotás en Coto?". Pero yo no tengo todo el secundario completo, pensé, apenas si terminé tercer año. Me anoté en Norte, y pedían secundario completo. Fue bastante duro. Entonces me anoté en Coto. A los diez días me llamaron, y al día siguiente me presenté. Me hicieron la entrevista, me preguntaron de dónde era, si había trabajado antes. Me explicaron cómo era el trabajo, que cada sector tenía por ley quince minutos de descanso. A la mañana, desayuno y almuerzo, a la tarde merienda. Y me tomaron. Casi me caigo: lo que menos iba a pensar era que iba a entrar en Coto.

Hay una vacante

Estar en Coto es estar trabajando en una empresa reconocida, con sucursales en todo el país. Vayas donde vayas, vas a ver un Coto, en cualquier lugar. Inauguran sucursales todo el tiempo y entonces es mucho más trabajo para todos. Y la ventaja que tenés acá es que empezás de abajo y vas subiendo. Tenés un jefe en verdulería por ejemplo, y te dice: "Hay una vacante", y si a vos te interesa, te pasás. De ahí, el día de mañana podés llegar a jefe de verdulería. Vas subiendo de a poco. Aparte te capacitan en una escuela que te enseña todo: línea de caja, verdulería, preparados, prevención de pérdidas (que es la parte de seguridad). Para mí fue un cambio bastante bueno. Ahora tengo obra social, sindicato. Si hay un problema llamás al médico y en cinco minutos está en tu casa. Donde estaba antes, una ambulancia tardaba horas en llegar. Aparte, el trato diario es bueno. Yo no me puedo quejar. Conocí a mucha gente, te ayudan bastante, te enseñan. El clima de

ahí adentro está muy bien. Tanto con los supervisores, con los jefes de los distintos sectores como con el gerente en sí, el trato es muy bueno.

Seis días a la semana

El único franco que tenemos es el domingo. Nosotros estamos fijos acá. El franco no se rota y tampoco te cambian de sucursal. Como quien dice, se nace y se muere acá. Aunque, gracias a Dios, el trato acá adentro es bueno. Yo no conocí a nadie de otro súper y, si conociera alguno, lo primero que le preguntaría es cómo es el trato adentro. Por ahí te dicen "El trato fue malo". Pero hay que ver, con el tiempo cambia. Hay momentos que acá también te apuran mal. No de mala manera. Para nosotros eso no es malo, lo que pasa es que en las horas pico te piden más dinamismo. En otros momentos podés caminar y descansar.

Digamos que me alcanza

Alcanzarme... Me compré lo que más quería, que era una computadora. Además ayudo en mi casa; de lo que entra les paso a mis viejos. Vivo con ellos. No puedo decir que me falte algo. En dos acompañamientos que haga, con el sueldo, con el adelanto que me dan, me arreglo. Yo no tengo que mantener a nadie. Gracias a Dios estoy de novio pero no casado. Sufro cuando no tengo plata, porque hay días que me dan ganas de salir. Pero bueno, con las propinas sé que mañana voy a tener. Tuve la idea de irme a vivir solo, pero la plata no me iba a alcanzar. Tenés que mantener el departamento, el agua, el gas. Si querés un departamento propio, no te sirve trabajar donde estoy yo. Porque el sueldo se te va en el alquiler. Un cadete como yo, en seis horas, gana 240. Si te fijás, es lo que te sale un depto. de un ambiente, y después tenés que sumarle lo otro. Para eso es preferible ir subiendo de a poco, y cuando veas que tenés un poco más, te mudás. Con las propinas, yo puedo redondear cerca de 400. Pero la verdad es que si querés tener una vida

propia, mucho no te sirve trabajar acá. Es mejor otro laburo, no sé qué tipo de laburo podría ser. Dicen que en Jumbo pagan bien, que en Norte pagan bien. Pero habría que verlo. Te lo dicen para cambiar y después quién sabe. A lo mejor te pagan bien, pero el trato es distinto. Acá yo no me puedo quejar. El trato es bueno, más allá del sueldo y todo lo que digan, el trato es bueno. Y eso es lo importante. Lo importante no es ganar mucho, lo importante es el trato que tengas adentro. Vos podés ganar bien, trabajar en Norte, ganar 300, y que el trato sea pésimo. No te sirve trabajar en un lugar que te traten mal. En cambio acá gano poco, pero el trato es bueno.

Más que un suicidio fue un robo

Sí, me acuerdo del pibe que se mató en un supermercado. Se pegó un tiro, y me dijeron que el gerente de la sucursal siguió atendiendo con el cuerpo ahí tirado. Esa parte no la puedo entender. ¿Por qué pasó eso? Lo que sí te digo es que los supermercados sufren bastantes robos. Acá en Coto el último fue en Burzaco. Llegué y en la TV estaban pasando *Robo en Coto de Burzaco*. Entraron y fueron a las cajas y todavía no se supo cuánto se llevaron. No, no es que relacione el suicidio con el robo. Lo del suicidio no se por qué fue. Sí, te digo que sufrimos bastantes robos. Y no sólo robo de plata, también de mercaderías. Hará cosa de un año atrás, yo me estaba yendo y me para uno de los jefes de fiambrería. Da el alerta el personal: estaban robando una camioneta, a dos cuerdas de mi sucursal. Salimos al vuelo. Éramos fácil diez cadetes y lo que se llevaron fueron canastos con bolsas de frío, un envío. Gracias a Dios el conductor y el cadete que lo acompañaba no sufrieron nada. Lo que más lamentamos fueron las pérdidas de mercadería, que las tuvimos que reponer nosotros. No, no me refiero a los cadetes, me refiero a al entorno de la sucursal. Quiera o no soy parte de Coto. No puedo dejar de serlo tampoco.

La vida

Mi vida cambió cuando entré en Coto. Este es mi primer trabajo en grande. La primera vez que salí de noche fue cuando empecé a trabajar en Coto. Hasta ahí, lo más tarde que llegaba a mi casa eran las dos de la mañana. Acá la cosa fue cambiando: tuve más amigos, salí de noche. Nos íbamos a Metrópolis, a barcitos, a algún que otro pool.

La vida fuera de Coto es muy buena. La misma relación que tenés adentro la tenés afuera, pero en grande. Jodés. Estás con tu jefe, al que no podés ni ver dentro de Coto, y afuera como si nada, tomando algo con él.

O vas a alguna fiesta y se viene tu jefe, los cadetes de la mañana, algún que otro auxiliar, cajeros. Es un grupo muy unido. En eso no me puedo quejar.

Subiendo, pacientemente

Primero que todo ascender, y después ser reconocido. Eso espero. Que finalmente me reconozcan los esfuerzos que hice acá adentro en estos tres años. Igual hoy me los reconocen.

Nunca guauuu. Tienen gestos: seguí así, estás mejorando. Y a veces me dan con un palo: te quiero ver correr. En dos o tres años me gustaría estar como jefe de cadetes, como encargado de envíos, no te digo como gerente, porque para eso falta, y mucho. Subir, subir, eso es lo que más espero.

Mujeres, novia

La conocí por una amiga que viene a comprar a Coto. Ella está chocha, es mi punto débil. Tomó bien mi trabajo. Otras chicas que conocí antes apenas les nombré las palabras *Cadete* y *de Coto* me cortaron el rostro. Como buen fanático de Internet que soy, chateo. Bueno, me metí a chatear con alguna que otra piba. Me dice "Qué hacés" "Trabajo". "De qué". "Cadete", y ves que pasan y pasan los minutos y mirás y decís: ¿A ésta que le pasó? Ves que la página se queda igual, lo mismo, "Cadete", y seguí así.

La página titila un poco, por la pantalla, pero está inmóvil.

Novia

Ella no. Ella no fue la típica mina interesa-

da, que lo único que mira es la guita. Que las hay por todos lados, habidas y por haber. Ella se fijó en lo que yo soy. No le importó que sea cadete, que trabaje en Coto. No le importó nada. En eso tampoco me puedo quejar, gracias a Dios tengo con quién estar en estos momentos.

Juntos, drogadictos y judíos

Los compañeros de laburo siguen laburando. Yo no entiendo cómo hacen y tampoco entiendo cómo no los echaron. Aunque tampoco tienen motivos. Mientras que no fumen en el laburo. Eso es lo bueno que tiene una empresa como Coto: que no discrimina a nadie. Si alguna vez te drogaste, en otro lado no te dejan trabajar. Acá, eso no pasa. No, no sé de nadie que se lo haya dicho a un gerente. Pero es una empresa que no te discrimina. Acá llegó a trabajar una cajera judía, unos pocos meses. Y le dieron los días que le correspondían por la festividad judía. Cosa que si vas a otro lugar siendo judío no te van a aceptar. Eso es lo que me gusta a mí de Coto: te tratan bien y no discriminan a nadie. Y eso lo he podido ver.



A solas con el miedo

MARIO LEVIN

...un desgarramiento del tiempo recorrió los tenues velos de una memoria de realidad temblorosa que para los argentinos, no tiene contornos definidos. Por allí se coló, soplando en todas direcciones, el aliento pánico, caliente y a la vez gastado, de una vergüenza que nos envuelve a todos. Conjetural N° 13

En estos últimos tiempos, como resultado de la debacle económica, se habla de un efecto de miedo que ataca de un modo indiscriminado en la ciudad de Buenos Aires.

No se trata del temor, más o menos generalizado y a la vez fluctuante, de ser robado, sensación que se ha ido desplazando desde el cono urbano hacia la Capital, sino de algo más difuso y por lo tanto menos perceptible, incluso para el periodismo que suele ocuparse de estas cuestiones.

Este ataque de miedo sobre la ciudad trae como resultado el vaciamiento, y así un día de semana, calles que habitualmente son muy concurridas aparecen vacías, pero no como si la hora de la siesta se hubiese extendido aletargándose o la Argentina jugara algún mundial, sino como esas ciudades que han sido tomadas por fuerzas extrañas que detuvieron el tiempo alejando e inmovilizando el paisaje.

Seguramente esto que intentamos describir no es ajeno a la singularidad histórica de nuestra ciudad y su clase media, pero me parece que la deserción que pudo observarse en la calle durante los días en que el *default* era inminente hicieron que la cuestión se acentuara y se vuelva visible. Deserción o vaciamiento en el sentido de que Buenos Aires se transformó de golpe en un paisaje abandonado. ¿De ser cierto, es posible que el miedo lleve a la gente a esconderse —¿la política del avestruz?—, aislarse y perder la confianza justamente en el prójimo que podría llegar a ayudarnos? Esta deserción cuasi animal de la calle, seguramente no es ajena a un movimiento que busca alejarse de los lugares públicos, quizá para no sentirse sobreexpuesto, o sea mirado, lo que en el caso de los animales se asocia al peligro y la supervivencia, pero que tratándose de seres humanos me parece que tiene más que ver con la vergüenza y el sentimiento de derrota.

Insistamos sobre una cuestión que nos parece importante, tal vez porque se trate de dos escenas de un mismo drama. Durante la dictadura,

las calles podían estar vacías porque habían sido tomadas por un ejército de ocupación, pero ahora la gente se escondió en su casa para ocultarse y no ser vista padeciendo el estupor de ser... un argentino.

En *El Círculo*, un film iraní reciente de Panahi Jafar, esta-dificultad-de-estar-entre-los-otros es puesta en escena a lo largo de una serie de cortas historias de mujeres que acaban de salir de la cárcel. Este hecho, de por sí descalificador, se suma a la condición infame con la que el estado iraní somete a sus mujeres, que prácticamente no pueden estar solas (o sea sin un hombre) sin convertirse en sospechosas.

Esta serie de mujeres que se relevan a lo largo del relato no solamente aparecen solas, aisladas, sino que se las muestra fracasando en el intento de brindarse ayuda que resulta sólo un consuelo momentáneo. Mientras el mundo de los hombres ocupa toda la ciudad en una aparente normalidad que a veces puede ser alterada por algún control de la policía-moral, del lado de ellas se acumula todo el miedo y la sensación de que no tienen dónde esconderse si no es al lado de un hombre (en el film, la falta de un contracampo tranquilizador brinda la tónica de ese miedo). Es posible que en este caso intervengan causas sociales-políticas-geográficas-religiosas del miedo, pero queda claro de qué modo la víctima es arrasada en toda su subjetividad.

La comparación no nos parece ociosa porque, por efecto de una torsión, esas mujeres cubiertas por chales negros que cruzan como cuervos una ciudad que vive —aunque no lo sepa— un día normal positivan aquello que nosotros, los porteños de la capital, quisimos eludir, esquivar, durante esos días amargos que al parecer no son sino el preludio de lo que vendrá, en la medida en que el miedo es, en los animales, el aura de un olor que exhala el cuerpo antes del terror, y que podemos llamar, en nuestros contemporáneos, los hombres, miedo social pero que puede sentirse como vergüenza moral.

Secuelas de la guerra (II)

JORGE JINKIS

Ciertamente, la responsabilidad política existe, pero siendo distinta de la del individuo miembro de un grupo, no puede ser juzgada en términos morales ni considerada por un tribunal. Cada gobierno asume la responsabilidad de los hechos y faltas del gobierno precedente y cada nación, la responsabilidad de los hechos y faltas de su pasado. HANNAH ARENDT

La palabra "guerra"

Las organizaciones insurreccionales de los '70 reivindicaron su accionar como una *guerra*, y aunque fueron desautorizados como bandas de delincuentes, más tarde, y sólo para favorecer su defensa jurídica, el partido militar les reconoció el estatuto de terrorismo subversivo aceptando la palabra "guerra", incluso "guerra revolucionaria", para llamarla "sucia" y justificar sus crímenes. Para condenar el terror de estado que se instauró de un modo sistemático en nuestro país, no se vuelve necesario renunciar a la palabra "guerra" ni negar que la insurrección armada tuvo el objetivo de conquistar el poder político y de modificar la organización jurídica del conjunto de la sociedad argentina. Es esperable que un proyecto semejante se proponga el acceso al poder como medio de lograr esta modificación. Lo que se llama "el proceso" es la culminación exitosa de ese objetivo, sólo que lograda por la matanza llevada adelante por los militares y los grupos de intereses que los apoyaron. No hay que entender como paradoja lo que fue un objetivo explícito y programado. La democracia sancionó este vuelco de la historia.

Continuidad política

La democracia precaria y condicionada que sucedió a la dictadura, disimuló de un modo cómplice e ignorante, que se había concretado ese profundo trastocamiento, y aunque logró

avances considerables en el plano de los derechos individuales, se convirtió en la continuidad política del proceso sobre varios ejes fundamentales. Nombremos tres:

a) La deuda externa, que era de 12 mil millones en el '78, sobrepasó los 40 en el '82 y comenzó a expandirse.

b) La concentración de empresas trasnacionales y el crecimiento económico de los socios locales que, apoyándose en la potencia criminal del régimen, les permitió separarse del Estado llevándose sus bienes pero, más importante aún, se autonomizaron de la sociedad con un poder de decisión que, como hoy se advierte una vez más, está por encima de los modos tradicionales de representación política.

c) El miedo, el miedo en el cuerpo, el miedo casi sin mediaciones que decide sobre las formas de la conciencia política. Este miedo persiste de modos insidiosos, aunque haya concluido la caza del hombre en los años del terror.

Convivencia y complicidad involuntaria

Si no se hace historia, no es preciso remontarse a los '30. No atenuó las diferencias entre la dictadura y los gobiernos democráticos que le sucedieron; subrayó la extensión de una política que no es sólo económica sino también llanamente política, y que resulta desconocida, es decir, no reconocida, especialmente por algunos círculos intelectuales.

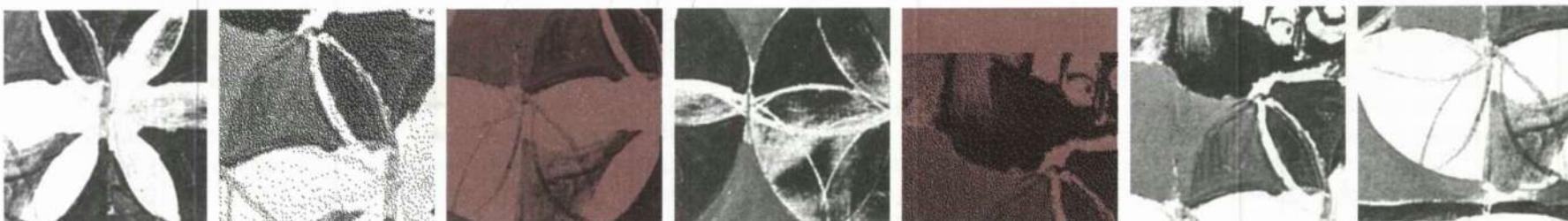
Quien se presenta como uno de los políticos

más convencidos de las virtudes republicanas —Alfonsín— fue el gestor de los pactos antidemocráticos con militares, quien arregló la Constitución para asegurar la reelección de su adversario político y quien proyectó la creación de un movimiento para acabar con el peronismo, que sólo pudo lograr Menem. Decimos cuándo comienza la distribución regresiva del ingreso, y que la exclusión y marginación de tan vastos sectores de la población ha logrado proseguir por medio de una "normalización democrática" de aquella política llevada a cabo por actores todavía vigentes.

Illegitimidad

El acontecimiento central que es condición indispensable de esta continuidad —y que sanciona las bases jurídicas sobre las que se asienta el nuevo orden de la sociedad argentina— es la ley de obediencia debida, mejor llamada ley de exculpación. Una ley de la nación dice que los asesinos, secuestradores, torturadores, ejercieron estos crímenes en condiciones de coacción psicológica y deben ser exculpados, atendiendo a la obediencia que debían a sus autoridades superiores (ya hemos rendido, en otro sitio, nuestro reconocimiento y homenaje al Dr. Bacqué, que no fue el único en disentir).

Una ley declara, pues, no el perdón, la amnistía, el punto final, sino la falta de culpa de los criminales: dice que no hay responsabilidad, sanciona la impunidad y facilita el creci-



miento en espiral de todas las formas de corrupción. La ley dice que el asentamiento jurídico de nuestro orden político democrático vigente es esta ausencia de responsabilidad, y esta ilegitimidad de nuestra organización jurídica es la que no deja de retornar en los síntomas de nuestro día.

Renegaciones

Podríamos haber seleccionado otros índices de esta continuidad, y entre ellos —muy especialmente porque nos concierne más que ninguna otra cosa—, la participación pasiva de la mayoría de los sectores que tienen voz, y que sólo la usan para quejarse. Para que nuestra referencia no sea general tomemos el caso de *Punto de vista* (agosto de 2001). El desconuelo/desconcierto de Beatriz Sarlo seguramente es honesto y compartido, pero es también una medida de sus esperanzas —y de tantos intelectuales y profesionales— primero en Alfonsín, después en Alvarez. Por supuesto, no se trata de señalar un “error” político; no hubo nada de eso. Menos aún de indicar ahora que alguien no sabía lo que después ocurrió. En *Nunca más* resuena una determinación, una promesa. Son palabras en voz alta; quien las dice quisiera escucharlas y poder creer en ellas. En cambio, la nota de Sarlo, que se nombra con un lamento —“Ya nada será igual”— viste el quejido con ropa universitaria. Hace múltiples referencias al punto final, que fue una medida, errónea o acertada, pero que suele tomarse por conveniencia política; la prudencia del gobernante juzga la necesidad, la ocasión, el objetivo perseguido; admite, en todo caso, una discusión política. Ni siquiera alude, en cambio, a la ley de “obediencia debida”, una ley que exculpa a miles de argentinos, mal que me pese, de asesinatos, secuestros, torturas y desapariciones de miles de argentinos.

Si no somos responsables, ¿cómo extrañarnos del auge de la corrupción y la impunidad? Aunque esto tuvo un giro de estilo mediático durante el menemismo, es lo que aún rige, para tomar un ejemplo cercano, el pacto para garantizar el déficit cero.

En el mismo número, Oscar Terán sospecha que lo que nos aqueja no es cualitativamente diferente de lo que ocurre en otra parte. Y en más de un sentido tiene razón. “Nada había en Atenas que no fuera posible hacer con dinero”. Esta aseveración de Jenofonte tiene siglos de antigüedad y proviene de la cuna de nuestra cultura occidental. Otra revista que también salió en agosto, en 1891, el *Weekly Bulletin*, decía que: “En la República Argentina, para hacer un negocio hay que comprar desde el presidente de la República hasta el último portero” (citado por Scalabrini Ortiz). O podríamos mencionar, como nos lo recuerda Vidal-Naquet, que los ilotas fueron *desaparecidos* en el año 423 a.c.

¿Tendremos los argentinos que resignarnos y reconocer que no hemos inventado ningún mal, y que a pesar del exámen radiográfico de nuestra pampa, el ser argentino no goza de un mal inédito en la historia? ¿Pero esta constatación no se ahorra el análisis de lo particular? Tanto Sarlo como Terán *escriben* y no ignoran el poder fundante del símbolo. No es equivalente que un pequeño país de América carezca de ejército, y que el Japón vencido acepte en su constitución la prohibición de contar con fuerzas armadas. Transgredir la ley es apenas un acto delictivo. Fundar nuestro orden político en una ley ilegítima es una hipoteca que vuelve irrisoria la deuda externa. “Ya nada será igual”, es cierto, pero no porque algunos de nuestros hombres nos hayan decepcionado, sino porque una nación no puede fundarse en la exculpación que necesita esta política.

Otra política

No se trata de un punto de vista. Si la ley fundante de esta democracia es ilegítima, cualquier otra política será ilegal. Y, por supuesto, no me refiero a algunas ensoñaciones irresponsables que un Bonasso puede proyectar sobre los piqueteros (no sin antes amonestar a D’Elía con autoridad de comisario político). A pesar de la mentada omnipresencia divina, uno siempre se lo imagina “arriba”. ¿Será por eso

que los especialistas del saber se suben a la altura más próxima para “bajar” línea? Pero, tratándose de política, ¿qué es saber?

Permítaseme reiterar que esta política no se explica por el grado extremo de la crisis económica. Y ni la deuda, tan trajinada, es inédita como excusa:

“La República puede estar dividida hondamente en partidos internos pero no tiene sino un honor y un crédito, como sólo tiene un nombre y una bandera ante los pueblos extraños. Hay dos millones de argentinos que economizarán sobre su hambre y sobre su sed para responder en una situación suprema a los compromisos de nuestra fe en los mercados extranjeros”.

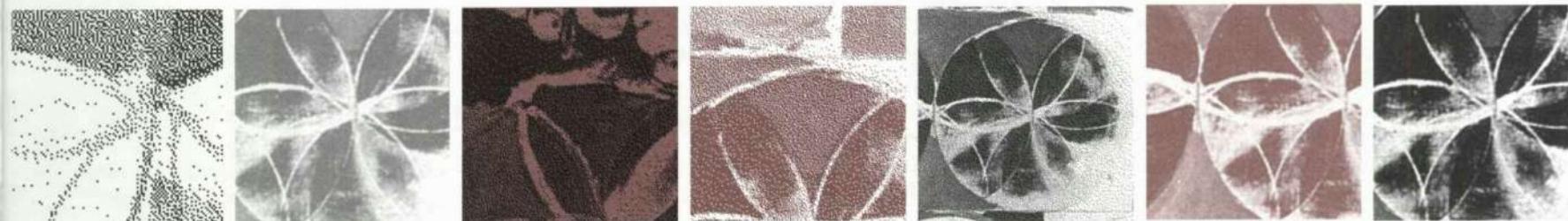
Esta frase del Presidente Avellaneda ante el Congreso tiene apenas 120 años, y recuerda que la política que triunfa es la que logra convencer al conjunto de la nación de que no resulta posible negarse a elegir el mal menor. “No me gusta, pero...” es una frase que tiene siglos de historia. ¡Honestos ciudadanos de la República, hoy nos llaman, volvamos a ser argentinos por un rato!

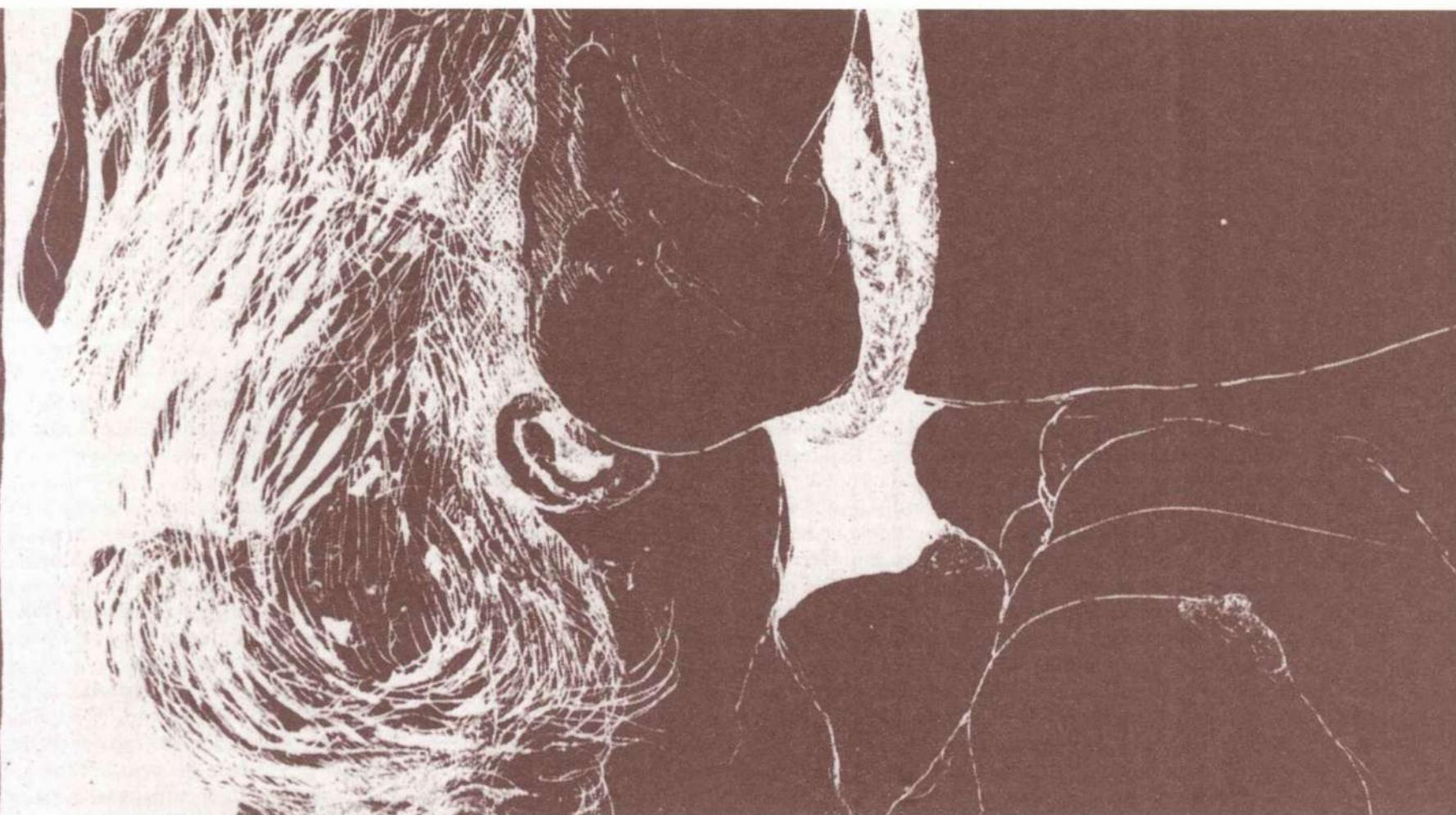
El imaginario del fondo es inagotable; cada tanto se cree haberlo tocado. Pero es falso: el espacio es infinito, y así lo prueban las candidaturas de Ruckauf y de Firmenich. “La soberbia frecuente impertérrita los territorios del oportunismo”, dice Juan Gelman. Me parece que es más que eso. Como fantasmas siniestros que regresan de la exculpación, un ministro de las 3A y un milico, ahora economista de turismo en Barcelona, juguetean con la muerte.

También es cierto que hay otros argentinos, los que siembran la cosecha récord de nuestra historia en el momento de crédito más caro, los comerciantes que cierran el almacén y abren el quiosco, los que siguen mandando sus hijos a la escuela o quienes, como la gente de *Punto de vista*, perseveran en escribir innumerables revistas de destino incierto.

Hay una cierta fuerza engeñecida que empuja hacia no se sabe dónde, y que no sé si conduce necesariamente al sufrimiento.

Ojalá podamos advertir que toda esta gente también hace política.





Desgastar, desgarrar, destruir

MARCELO GARGIULO

Todos estamos aquí en la Tierra para ayudarnos unos a otros; pero para qué están los demás es algo que sólo Dios sabe. W. H. AUDEN

Podría arriesgarse una historia de las figuras de dicción no por sus efectos sino por sus consecuencias. Este procedimiento inverso, claro está, debería considerar al receptor del mensaje y sus condiciones para otorgar a cada palabra el mismo valor que confirió el emisor, lo cual, para la exégesis moderna, sería poco menos que milagroso. En mi hipótesis, sin embargo, el éxito del método dependería de esta íntima correspondencia.

Siempre sospeché, por ejemplo, que con ciertas personas me entendía mejor mediante pleonasmos: en este caso, las muchas aclaraciones saturaban la llama antes de consumirla, y de ese modo ambos teníamos la sensación de que habíamos agotado las posibilidades de referir el mismo hecho; otras amistades, más afectas al juego intelectual, hallaban placer en las reticencias, de suerte que hasta di con alguien que gustaba aventurar en voz alta cómo acabaría yo mis frases, arriesgando invariablemente una palabra (este sujeto, como podrá suponerse, tenía enorme facilidad para fabricar elipsis). Más tarde fui enterado de que mi amigo estaba sencillamente enfermo y que su patología —llamada *ecolalia*— era una de las más fastidiosas de cuantas existen en los anales de la fonoaudiología. Por supuesto no tardé en disculparme con él por haber disfrutado tanto de su padecimiento.

Sé de alguien incapaz de asimilar las hipérbolos, pues considera realizable *cualquier cosa*

que le venga en mente. No hace mucho supe que en ciertos pueblos primitivos el pensamiento paradójico se encuentra vedado: dos enemigos naturales como el gato y el mono, por ejemplo, no pueden ser unidos por la voz del hombre. En otros, la imposibilidad de mencionar ciertas palabras tabúes alentaban el devaneo de figuras eufemísticas.

Se sabe también que la personificación no existía como tropo semántico, puesto que los antiguos creían que de sus humanos atributos participaban también la lluvia o la primavera. Léi que en un pueblo del Cáucaso las interrogaciones retóricas eran contestadas literalmente, lo que hacía suponer a quien las formulaba —un gramático, por ejemplo— que sus interlocutores eran ironistas consumados. Naturalmente, cuando formuló esta duda ante los nativos no obtuvo más respuestas que la exactamente esperada, lo cual lo llevó a refutar su creencia sobre la ironía caucásica.

Y es de suponer que para Dios habrían estado vedadas las personificaciones hasta la aparición de la paloma, que no era más que un subterfugio de sí mismo. Por qué beatificó (debo desestimar el uso del verbo *personificó*) a pájaro tan estúpido sólo Dios lo sabe. Quizás como recompensa a su gestión en el Arca. Lo único irrefutable es que en el Más Allá —donde el estudio de la teología se vuelve innecesario—, las figuras retóricas habrán sufrido descrédito y exención: no creo que a

los bienaventurados les sea permitido cultivar su ironía en el Paraíso.

Mordacidad e ironía

Se sabe también que muchas figuras retóricas son morosas conquistas de la imaginación, y que, a medida que retrocedemos en el tiempo, se van certificando menos variantes expresivas. Así, la ironía y la mordacidad habrían sido sinónimos en un estadio primitivo del idioma: el vocablo *ironía* —desprovisto de herencia, según Joan Corominas— estaría relacionado con “tenerle manía a alguien” o, transcurridos algunos siglos, a “tenerle tirria”. Por lo suyo, la *mordacidad* derrota en sentido semejante, y ocurre que proviene de “morder”, “corroer”, “desgarrar la carne”.

Practicar la mordacidad sería, etimológicamente hablando, consecuencia del oficio de ironizar (en su primitiva acepción): mientras que la ironía se expresaba por un deseo (tenerle tirria a alguien), la mordacidad lo hacía por la acción (clavarle la primera dentellada).

María Moliner aplica la mordacidad “al que critica a las personas con ironía aguda y mal intencionada”, lo que indica que toda mordacidad es mal intencionada, mientras que la ironía puede, si así lo quiere, edulcorar.

La ironía mordaz cuadruplica el efecto devastador de la ironía, mientras que la mordacidad irónica no es más que una exhibición de cobardía. Así lo comprendió la moderna pre-

ceptiva y llamó *sarcasmo* a la ironía mordaz.

El sarcasmo es, pues, el puente de unión entre ironía y mordacidad. Pedro Monlau (*Diccionario etimológico de la lengua castellana*. El Ateneo, Buenos Aires, 1941) define el sarcasmo (que muerde la carne viva. *sarx*: "carne") como "una ironía que desgarrar la carne".

Ya en la modernidad, el discurso académico quiso que la ironía sea la expresión de lo contrario a lo que se piensa, de tal forma que, por el contexto, el receptor pueda reconocer la verdadera intención del emisor. Este trueque supone que el ironista debe fingir ignorancia (el griego *eironeia* equivale a "disimulo", "interrogación").

La ironía, entonces, puede provocar disgusto, hilaridad, admiración, ridículo, desprecio. Como figura del pensamiento, le es lícito amalgamarse a otras figuras y ser a su vez modificada por éstas. Así, la ironía suele parasitar hipérbolos u onomatopeyas, metáforas o lo que le venga en gana, según sus intenciones.

Como la ironía es un paralelo que se hace en el entendimiento (la mordacidad compromete sólo al temperamento) supone un alma tranquila para trazar así el cuadro de lo que una cosa *es* con los rasgos de lo que *no es*.

La mordacidad —más rústica que su hermana de leche— se define, académicamente, como un perro que evalúa el mejor sitio para hincar sus dientes. Aquí, el irónico puede simular ser mordaz, pero al mordaz —víctima de su *temperamento*— le es negada la ficción del disimulo.

Bullinger y Lacueva (*Diccionario de figuras de dicción usadas en la Biblia*, Clie, Barcelona, 1990) no privan de majestad a la ironía cuando atienden a una de sus variantes, más amable con la pedestre mordacidad. La llaman *ironía peirástica*, y la definen como una ironía que se usa para poner a prueba a alguien.

Ambos autores dan como ejemplo de ironía peirástica el pasaje del Antiguo Testamento donde los ángeles ruegan a Lot: "No, que en la calle nos quedaremos esta noche". Y explican que los ángeles no pensaban quedarse en la calle, pero lo dijeron para saber qué iba a hacer Lot.

Como es sabido, Lot los recibió en su casa. Al mismo tiempo, cabría inferir que Lot también los puso a prueba a ellos, en ocasión del imperioso reclamo de los sodomitas. Sin embargo, los ángeles no debieron reaccionar cuando fueron demandados, pues a Lot no le quedó más alternativa que ofrecer, ante la indiferencia de sus celestiales huéspedes, a sus propias hijas. Lamentablemente, la Biblia no menciona esta ingratitud.

Como forma mesurada de la mordacidad, la ironía peirástica vuelve a recordarme, utilizando los signos de la mordacidad, a un cani-

che que pregunta al tobillo si se encuentra preparado para que le ensarten los dientes.

En otro orden, la mordacidad no exige al lector que rechace el significado literal, como ocurre con la ironía. Una persona que entra en una casa, calada hasta los huesos, y dice: "Está lloviendo", puede resultar irónica pero jamás mordaz. La ironía es una operación del pensamiento más taimada que la mordacidad, en tanto advierte el error ajeno al tiempo que se ufana de su método para delatarlo. La ironía es Narciso frente al estanque. La mordacidad es Job rascándose las costras de sus sobacos mientras rumia los insultos que deberá acallar ante el Creador. En metáfora de René Char: "La flecha no es horrorosa, el garfio sí".

Los escritores irónicos no son, a mi criterio, más inteligentes que los mordaces. La ironía deslumbra y chisporrotea; la mordacidad huele a sangre y se pronuncia entre dientes.

Emile Cioran, por ejemplo, es un virtuoso de la mordacidad cáustica, herencia de sus lecturas nietzscheanas y de su propia misantropía. Otros escritores parecen arrastrar a su pesar el yugo de la mordacidad. Es el caso de Joseph De Maistre. Y por último existen escritores que sólo brillan cuando blanden su ironía. En ese sentido, Oscar Wilde es irónico (el único irónico a quien la ironía no logró salvar de la cárcel), mientras que Leon Bloy es mordaz.

La historia de la literatura podría ser clasificada según el predominio de una u otra figura del discurso. La mordacidad —que no es una figura de dicción— suele no decir más de lo que a sabiendas expresa. Así lo festejaba una de las canciones de Margarita Guzmán y el Apocalipsis Ranchero.

Mordacidad y Diatribas

La mordacidad oficia a golpe de dentellada y se distingue del insulto no por su urbanidad sino por atacar únicamente el costado vulnerable.

Puede servirse de la ironía mediante el sarcasmo, pero lo cierto es que el diente desgarrar, mientras que la diatriba ejerce otra acción sobre la piel del enemigo: la desgasta (diateiba significa —además de ataque, invectiva— *desgastar*).

Siendo así, cabe suponer que a la diatriba le sienta la ironía, y la mordacidad se acomoda mejor a la acusación velada.

La mejor ironía es la más inteligente, no la más efectiva.

La mordacidad se mide por el daño provocado, no por su belleza. Consciente de su autonomía, el irónico desdeña al rival por creerse superior a él, mientras que el mordaz, al servicio de la retórica del ataque, respeta a su enemigo y opone las armas que ha sabido procurarse, más allá de la elegancia de sus métodos.

Mordaza y agachadas

Hija de la mordacidad y prematuramente destetada, *mordaza* es cualquier elemento de cualquier sustancia que, colocado sobre la boca, impide hablar.

Como aquellos nazis que llevaban consigo la ampolla de cianuro en caso de fracasar, así la mordacidad no admite más zozobras que el triunfo o la derrota. Podríamos deducir que la propia mordacidad contiene el instrumento capaz de dar muerte, es decir, de silenciar. La mordaza del mordaz es inherente a su función: con su mordacidad (no olvidar que la mordacidad carece de procedimiento retórico) el mordaz da muerte (*amordaza*) o bien, librado a su intento, es aniquilado por la superioridad de su contrincante (*es amordazado*).

El ironista construye el camino pero también el atajo, que es precisamente su fingimiento y por donde puede escapar. La ironía no cuenta, en consecuencia, con instrumentos letales. La mordacidad lleva implícita su propia muerte —amordazar vale como reflexivo o como transitivo— mientras que la ironía posee un gran espectro para desdecirse. La ironía es cómplice también con quien la ejerce. El mordaz cava con palabras su propia fosa.

La mordaza —fosa del mordaz— es la mordacidad derrotada.

Maíz en mano en Plaza de Mayo

Mal de época, la ironía campea en el lenguaje periodístico mientras hace estragos en el corrillo político. La mordacidad es un recurso extremado que, por fuerza de las circunstancias, no puede transmutarse en una fórmula más cauta, como la ironía. La mordacidad es lenguaje urgente; la ironía, premeditado.

En este sentido, me aventuro a decir que la naturaleza de nuestro presidente es más propensa a la ironía involuntaria, mientras que la de Elisa Carrió, a la mordacidad.

En la Argentina la ironía se impuso a la mordacidad, y el donaire propio del ironista está a la orden del día. Ambos, el mordaz y el irónico, buscan atacar, pero mientras el irónico se vuelve hacia sí mismo y evalúa sus dotes de ingenio, el mordaz no se detiene hasta impactar contra el objeto de su desvelo, al que conoce como a sí mismo.

Por otro lado la ironía, al exponerse tímidamente a las eventualidades de una réplica, deja suponer un verdadero horror al ridículo. La ironía barniza socialmente al poseedor, lo cubre de astucia antes que de convicciones.

Con el mordaz sucede exactamente lo contrario: entregado a su causa, ya no tiene dónde ocultarse: su recaudo fue confiado a las mismas palabras que pronunció.

Quede claro que no es privilegio del mordaz ni del ironista enfrentar a su enemigo oponiendo otra construcción distinta de la que atacan. Pero mientras que la ironía tiende a desgastar a su rival, la mordacidad procura desgarrarlo, lo que supondría, en el más saludable de los casos, una reacción drástica por parte del oponente.

Sería, pues, atendible afirmar que cualquier cambio se vería más beneficiado en los términos de una coyuntura mordaz y no sobre la base de un desgastante antagonismo cifrado en la ironía.

Pero, como también es sabido, no toda paz nace del combate.



1920

"Nuestro arte es un ser cegado por la verdad: la luz que da en el caricaturesco rostro que retrocede es verdadera. Ninguna otra cosa más"
Franz Kafka

